

HANS-GEORG GADAMER

**VERDAD
Y MÉTODO
II**

DÉCIMA EDICIÓN

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2023

Tradujo Manuel Olasagasti
del original alemán *Wahrheit und Methode. Ergänzungen - Register*

Fotocomposición: José Ángel Hernández

© J. C. B. Mohr (Paul Siebeck), Tübingen 1986

© Ediciones Sígueme S.A.U., 1992

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tel.: (+34) 923 218 203 - Fax: (+34) 923 270 563

ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-2171-7

Depósito legal: S. 247-2023

Impreso en España / Unión Europea

Imprenta Kadmos, Salamanca

CONTENIDO

I. INTRODUCCIÓN

1. Entre fenomenología y dialéctica. Intento de una autocrítica (1985) 11

II. PRELIMINARES

2. El problema de la historia en la reciente filosofía alemana (1943) 33
3. La verdad en las ciencias del espíritu (1953) 43
4. ¿Qué es la verdad? (1957) 51
5. Sobre el círculo de la comprensión (1959) 63
6. La naturaleza de la cosa y el lenguaje de las cosas (1960) 71
7. La historia del concepto como filosofía (1970) 81
8. Hermenéutica clásica y hermenéutica filosófica (1977) 95

III. COMPLEMENTOS

9. Sobre la problemática de la autocomprensión. Una contribución hermenéutica al tema de la «desmitologización» (1961) 121
10. La continuidad de la historia y el instante de la existencia (1965) 133
11. Hombre y lenguaje (1965) 145
12. Sobre la planificación del futuro (1966) 153
13. Semántica y hermenéutica (1968) 171
14. Lenguaje y comprensión (1970) 181
15. ¿Hasta qué punto el lenguaje preforma el pensamiento? (1973) 195
16. La incapacidad para el diálogo (1971) 203

IV. AMPLIACIONES

17.	La universalidad del problema hermenéutico (1966)	213
18.	Retórica, hermenéutica y crítica de la ideología. Comentarios metacríticos a <i>Verdad y método</i> I (1967)	225
19.	Réplica a <i>Hermenéutica y crítica de la ideología</i> (1971)	243
20.	Retórica y hermenéutica (1976)	267
21.	¿Lógica o retórica? De nuevo sobre la historia primitiva de la hermenéutica (1976)	283
22.	La hermenéutica como tarea teórica y práctica (1978)	293
23.	Problemas de la razón práctica (1980)	309
24.	Texto e interpretación (1984)	319
25.	Destrucción y deconstrucción (1986)	349

V. ANEXOS

26.	Hermenéutica (1969)	363
27.	Autopresentación de Hans-Georg Gadamer (1977)	375
	<i>Indicaciones bibliográficas</i>	403
	<i>Índice analítico</i>	407
	<i>Índice de nombres</i>	421

I
INTRODUCCIÓN

Entre fenomenología y dialéctica. Intento de una autocrítica (1985)

Al cabo de un cuarto de siglo parece llegado el tiempo de examinar en su consistencia global un esbozo teórico que recogía investigaciones en torno a la unidad de un todo filosófico enfocadas desde diversos ángulos, y de averiguar especialmente si se advierten grietas y fisuras en la coherencia del conjunto. ¿Delatan graves deficiencias estructurales de construcción o éstas afectan más a la forma de la presentación, que se resiente en parte del paso del tiempo?

Resulta sin duda anticuado cargar el acento, dentro de las denominadas ciencias del espíritu, en las ciencias filológico-históricas. En la era de las ciencias sociales, del estructuralismo y de la lingüística no parece suficiente esta vinculación a la herencia romántica de la escuela histórica. Esa es, en efecto, la limitación de las propias experiencias iniciales que aquí se deja sentir. El objetivo global no obstante, era la universalidad de la experiencia hermenéutica, que debe ser accesible desde cualquier punto de partida si ha de ser una experiencia universal¹.

Menos consistente es aún la imagen que esta investigación presenta de las ciencias naturales. Sé muy bien que hay aquí un gran campo de problemas hermenéuticos que rebasa mi propio ámbito en el proceso de investigación científica. Sólo en las ciencias histórico-filológicas estoy en condiciones de poder participar esporádicamente con alguna competencia en la labor investigadora. Cuando no puedo examinar trabajos originales no me siento legitimado para descubrir al investigador lo que hace y lo que le sucede. Lo sustancial de la reflexión hermenéutica consiste precisamente en tener que derivar de la praxis hermenéutica.

1. Más precisiones en el presente volumen, sobre todo en el artículo *Retórica, hermenéutica y crítica de la ideología*, cf. *infra*, 225ss.

La implicación de una problemática hermenéutica en las ciencias naturales quedó patente para mí, ya en el año 1934, en una acertada crítica de Moritz Schlick al dogma de las proposiciones protocolarias². Pero dadas las circunstancias de aislamiento en que se desarrollaron las ideas de este libro, fue el fisicalismo y la *unity of science* la concepción que se impuso formalmente. Aún no había aparecido en el horizonte el *linguistic turn* de la investigación anglosajona. La obra tardía de Wittgenstein sólo pude estudiarla una vez concluida mi propia trayectoria intelectual, y también comprobé con posterioridad que la crítica de Popper al positivismo entrañaba ciertos temas afines a mi orientación personal³.

Soy muy consciente del desfase de los puntos de partida de mi pensamiento. Toca a los más jóvenes abordar las nuevas condiciones de la praxis hermenéutica, y así lo están haciendo en algunos aspectos. Me ha parecido excesiva para un octogenario la pretensión de seguir aprendiendo. Por eso he dejado sin modificaciones el texto de *Verdad y método* al igual que el resto de mis trabajos, y me he limitado a introducir ocasionalmente pequeñas mejoras.

Otra cosa es la cuestión de la coherencia interna de mi obra dentro de sus límites. En este sentido el presente volumen, segundo de mis *Obras completas*, tiene un carácter complementario. Su contenido se articula en tres apartados: *preliminares* del libro, que pueden ser útiles en su intención anticipatoria; *complementos* elaborados en el transcurso de los años (ambas partes, publicadas ya sustancialmente en mis *Kleine Schriften*); y la sección más importante, *ampliaciones*, que en parte tenía prevista y en parte es fruto del debate de mis ideas. Fue sobre todo la teoría de la literatura lo que me indujo desde el principio a avanzar en mi pensamiento y lo que aparece explicitado en estrecha conexión con la praxis hermenéutica. El debate con Habermas sobre las cuestiones fundamentales de carácter hermenéutico y el frecuente encuentro con Derrida aportaron nuevas aclaraciones que encajan perfectamente en el contexto del presente volumen. El *anexo*, en fin, recoge un artículo complementario, *Hermenéutica* (1969). Mi auto-presentación, escrita en 1973, pone fin al volumen. Un índice común de *Verdad y método* I y II subraya su interconexión. Espero que este segundo volumen sirva para mejorar las deficiencias de mi libro y estimular el trabajo de los más jóvenes.

En empresas de este género es de rigor tener en cuenta el eco que el propio proyecto ha despertado en la crítica. Que cada tema involucra su propia historia efectual es una verdad hermenéutica que tampoco

2. M. Schlick, *Über das Fundament der Erkenntnis*: Erkenntnis 4 (1943). También en Id., *Gesammelte Aufsätze 1926-1936*, Wien 1938, especialmente 290-295 y 300-309.

3. Cf. en perspectiva actual la instructiva introducción de J. C. Weinsheimer, *Gadamer's Hermeneutics - A Reading of Truth and Method*, Yale 1985.

cabe olvidar en este caso. Debo remitir en este sentido a mi prólogo a la segunda edición y a mi epílogo a la tercera y cuarta. Hoy me parece, en mirada retrospectiva, que no llegué a alcanzar la deseada consistencia de tipo teórico en un punto concreto. No queda suficientemente claro cómo armonizan los dos proyectos fundamentales que contraponen la noción de juego a la mentalidad subjetivista de la época moderna. Está, por una parte, la orientación en el juego del arte y, por otra, la fundamentación del lenguaje en el diálogo, abordando el juego del lenguaje. Esto plantea la otra cuestión, decisiva, del esclarecimiento por mi parte de la dimensión hermenéutica como un más allá de la autoconciencia; es decir, la conservación, y no supresión, de la alteridad del otro en el acto comprensivo. Tuve que introducir así la noción de juego en mi perspectiva ontológica, ampliada al universal de la lingüística. Se trataba de conjugar más estrechamente el juego del lenguaje con el juego del arte, que era a mi juicio el caso hermenéutico por excelencia. Ahora resulta obvio concebir la lingüística universal de nuestra experiencia del mundo dentro del modelo de juego. Ya en el prólogo a la segunda edición de mi libro y en las páginas *Die phänomenologische Bewegung* (El movimiento fenomenológico)⁴ señalé la convergencia de mis ideas sobre la noción de juego elaboradas en los años treinta con el Wittgenstein tardío.

Porque llamar al aprendizaje del habla proceso de aprendizaje es sólo un modo de hablar. Se trata en realidad de un juego: juego de imitación y de intercambio. La formación de voces y el placer que produce se conjugan en el afán imitativo del niño receptor con el destello súbito del sentido. Nadie puede resolver de modo racional el tema de la primera comprensión del sentido. Siempre han precedido las experiencias prelingüísticas y, sobre todo, el intercambio de miradas y gestos, y todas las transiciones son fluidas. Nadie puede construir el proceso de eso que la lingüística actual llama «competencia lingüística». No consiste, evidentemente, en el hecho de un lenguaje correcto. El término «competencia» significa que la capacidad lingüística que se va formando en el hablante no se puede describir como una aplicación de reglas ni, por tanto, como un mero manejo correcto del lenguaje. Debe considerarse fruto de un proceso de ejercicio lingüístico más o menos libre el que alguien «discierna» al final, por su propia competencia, lo que es correcto. Un punto capital de mi intento de expresar a nivel hermenéutico la universalidad de la dimensión lingüística es considerar el aprendizaje del habla y la adquisición de la orientación en el mundo como la trama indisoluble de la historia educativa del ser humano. Es quizá un proceso que nunca acaba, pero

4. *Kleine Schriften* III, 150-189, *Ges. Werke* III.

que fundamenta una cierta competencia⁵. Esto se constata en el aprendizaje de lenguas extranjeras; es muy difícil alcanzar esa competencia si no se está inmerso largo tiempo y a fondo en el ambiente lingüístico correspondiente. Por lo general la competencia sólo se logra en la propia lengua materna o lengua que se habla donde uno ha aprendido a mirar el mundo con los ojos de la lengua materna y a la inversa, el primer proceso de capacitación lingüística comienza a articularse desde el mundo que rodea al individuo.

La pregunta es ahora saber cómo se conjuga el juego lingüístico que es el juego mundano de cada uno con el juego del arte. ¿Qué relación guardan entre sí? Está claro que en ambos casos la dimensión lingüística se inserta en la dimensión hermenéutica. Creo haber mostrado de modo fehaciente que la comprensión de lo hablado debe concebirse desde la situación dialógica, y esto significa, en definitiva, desde la dialéctica de pregunta y respuesta que permite el mutuo entendimiento y la articulación del mundo común⁶. He transcendido la lógica de pregunta y respuesta tal como fue esbozada ya por Collingwood porque la orientación en el mundo no se produce sólo en la dinámica de pregunta y respuesta de los hablantes, sino que acontece desde las cosas mismas en cuestión. La cosa *suscita preguntas*. Por eso la pregunta y la respuesta se dan también entre el texto y su intérprete. La escritura como tal no modifica en nada la situación. Se trata de la cosa en cuestión, de su «ser» de un modo u otro. Las comunicaciones por carta lo que hacen es continuar la conversación por otros cauces. Otro tanto sucede con el libro, que aguarda la respuesta del lector, la apertura de un diálogo. Algo tiene aquí que ver con el lenguaje.

Pero ¿qué decir de la obra de arte y especialmente de la obra de arte lingüística? ¿En qué sentido cabe hablar ahí de una estructura dialógica de la comprensión y del entendimiento? No hay aquí un autor que responda como interlocutor ni una cosa que pueda ser de un modo u otro y esté en discusión. La obra textual está ahí, en sí misma. La dialéctica de pregunta y respuesta sólo funciona aquí, si acaso, en una dirección, por parte de aquel que intenta comprender una obra de arte, que interroga y se interroga y que trata de escuchar la respuesta de la obra. Siendo uno, ese sujeto podrá ser a la vez, como todo ser pensante, el que pregunta y el que responde, tal como ocurre en el diálogo real; pero este diálogo del lector consigo mismo no parece ser un diálogo con el texto fijo y acabado. ¿O sí? ¿hay en realidad un texto acabado?

5. Posteriormente hice una aportación al debate en una sesión de la Academia evangélica de Herrenalb sobre la lingüisticidad y sus límites, recogida en *Evolution und Sprache: Herrenalber Texte 66* (1985) 89-97.

6. Cf. I, 447s.

No aparece la dialéctica de pregunta y respuesta. Lo peculiar de la obra de arte es, precisamente, que nunca se comprende del todo. Es decir, cuando nos acercamos a ella en actitud interrogadora, nunca obtenemos una respuesta definitiva que nos permita decir «ya lo sé». Obtenemos de ella una información correcta... y nada más. No podemos sacar de una obra de arte las informaciones que guarda en sí hasta dejarla vacía, como ocurre con los comunicados que recibimos. La recepción de una obra literaria a través del oído interior que escucha en la lectura es un movimiento circular en el que las respuestas se tornan preguntas y provocan nuevas respuestas. Esto hace que perdure una obra de arte, sea cual fuere su género. La duración es una nota característica en la experiencia del arte. Una obra de arte nunca se agota. Nunca queda vacía. Precisamente definimos la ausencia de arte, la imitación, el efectismo, etc. diciendo que lo encontramos «vacío». Ninguna obra de arte nos habla siempre del mismo modo. La consecuencia es que nuestra respuesta debe ser cada vez distinta. Otras sensibilidades, otras atenciones, otras aperturas hacen aflorar la figura única, propia, unitaria e idéntica, la unidad de la expresión artística, en una pluralidad inagotable de respuestas. Creo que es un error oponer la diversidad inagotable a la identidad irreductible de la obra de arte. Frente a la estética de recepción de Jauss y frente al deconstructivismo de Derrida (afines en este punto) hay que decir, a mi juicio, que la tesis de la identidad de sentido de un texto no es una recaída en el platonismo desfasado de una estética clasicista ni un estancamiento en la metafísica.

Cabe preguntar, no obstante, si mi propio intento de concertar la diferencia de la comprensión con la unidad del texto o de la obra y sobre todo si mi insistencia en la idea de «obra» en el ámbito del arte no presuponen un concepto de la identidad en la línea de la metafísica: cuando la reflexión de la conciencia hermenéutica reconoce que el comprender es siempre «comprender de otro modo», ¿tiene en cuenta la resistencia y la opacidad que caracterizan a la obra de arte? Y el modelo del arte, ¿puede constituir realmente el marco en el que se puede desarrollar una hermenéutica general?

Mi respuesta es que el punto de partida de mi teoría hermenéutica fue precisamente que la obra de arte es un reto a nuestra comprensión porque escapa siempre a todas las interpretaciones y opone una resistencia nunca superable a ser traducida a la identidad de un concepto. Creo que, en este punto, la *Crítica del juicio* de Kant tiene mucho que enseñarnos. De ese modo el modelo del arte ejerce la función orientadora que posee la primera parte de *Verdad y método* para el conjunto de mi proyecto de una hermenéutica filosófica. Esto queda claro si se ha de respetar la «verdad» del «arte» en la infinita variedad de sus «expresiones».